

REALIDAD Y SÍMBOLO

DE

Granada



BANCO BILBAO VIZCAYA

1992

La Alhambra y las culturas de restauración

ANTONIO ALMAGRO GORBEA



LA forma de ver y entender el pasado o las obras de quienes nos precedieron forma sin duda parte de la cultura de cada época y constituye la raíz de toda acción conservadora o destructora del patrimonio construido. En esta actitud pueden evidentemente aparecer razones puramente utilitarias y económicas, así como otras de contenido más simbólico o conceptual que en cualquier caso condicionan formas de actuación que resultan determinantes para la pervivencia o desaparición de un edificio o construcción.

Un análisis de las razones de conservación o alteración de un conjunto como la Alhambra debe contemplar estas y otras circunstancias, pues sólo así puede entenderse la realidad actual de lo que poseemos y abordar en la forma debida y

consecuente con nuestro propio momento y cultura la obligación de preservar este legado del pasado.

La Alhambra es un monumento privilegiado pues de forma casi permanente ha gozado de atención y cuidados. Se puede decir que esta atención hacia el conjunto ha tenido una razón común a lo largo del tiempo pero con diferentes matices que han condicionado las formas de actuación. Ya en la misma época nazarí, el modo en que se interviene sobre el conjunto y sobre las edificaciones anteriores obedece por supuesto a razones utilitarias, pero también a principios conceptuales que condicionan los propios planteamientos. En muchas edificaciones de la Alhambra nos resulta casi imposible saber la

fecha de su construcción inicial, pues sucesivas «reconstrucciones» o «restauraciones» suelen afectar a los elementos más epidérmicos que a su vez son los que nos suelen dar datos más precisos sobre fechas de ejecución. En el mundo islámico, como de hecho ha pasado en todas las culturas, la construcción de edificios y palacios ha sido una forma de manifestación del poder del soberano. De esta forma, los sultanes nazaríes procuraron expresar la grandeza de su poder edificando palacios o modificando los de sus antecesores, según sus posibilidades. La modificación o reparación de construcciones anteriores pudo tener el carácter de preservación de una obra anterior venerada por la admiración que se sentía por su constructor, o la clara intención de borrar todo testimonio de la existencia de alguien a quien se consideraba un usurpador o un advenedizo.

La conquista cristiana interrumpe un periodo de decaimiento y abandono de una Alhambra que ha sido marco de intrigas y luchas dinásticas que son exponente del final de un mundo y una cultura. Los Reyes Católicos sienten admiración por este mundo que va camino de desarraigarse en la península. Su actitud de respeto y valoración de la obra artística del Islam español tiene viejas raíces. Grandes palacios musulmanes como la Aljafería zaragozana o los Alcázares de Sevilla han sido residencias favoritas de sus antepasados y de ellos mismos, y las aportaciones mudéjares de los reyes cristianos en esos lugares suponen una cierta continuidad cultural.

Los Reyes Católicos restauran los palacios de la Alhambra pero dejando huella clara del cambio en el poder: el yugo y las flechas sustituyen al escudo de la banda nazarí como expresión simbólica de este cambio.

Con la llegada del Renacimiento se produce una ruptura. Una nueva cultura, pujante y segura de sí y de su capacidad de lectura y aprehensión de un pasado común a todos, pero entendido desde otro substrato cultural, el medieval italiano, se plasma en nuevas expresiones. La nueva cultura no destruye pero contrapone las nuevas concepciones y las nuevas formas a las antiguas. Se ve subyugada por el encanto de un lugar y una cultura que no asimila, sino que intenta yuxtaponerse a ella. El resultado es palpable y merecería una reflexión sobre el paralelismo que existe con algunas de las intervenciones que en estos últimos años se han producido en nuestro patrimonio. Admiración, pero desde la incompreensión. Se restaura y conserva el pasado, pero se impone lo nuevo.

En los siglos XVII y XVIII se siguen conservando y restaurando los palacios, quizás con más sentido utilitario que otra cosa. Para los Borbones el enraizamiento con la vieja cultura que produjo este conjunto maravilloso es prácticamente nulo y no sienten la necesidad de paliar el daño que una acción eminentemente política, cual es la remoción de los Condes de Tendilla como Alcaldes perpetuos de la Alhambra y la intervención directa de sus rentas por parte de la

Corona, va a causar al conjunto. Cuando falta el substrato cultural adecuado no es de extrañar que se superpongan razones políticas particulares u otras sobre la conservación del legado del pasado. Sólo el mundo erudito de las Academias, fruto del nacimiento de las ciencias modernas y en particular de la arqueología, mostrará su interés por el pasado proporcionándonos los primeros trabajos de documentación de la Alhambra y sus antigüedades realizados ya con auténtico espíritu de análisis histórico.

El Romanticismo en el siglo XIX con su entusiasmo por el mundo exótico y oriental produjo una revitalización de la Alhambra, cuyos valores se ven ensalzados por los viajeros y curiosos que recorren España como parte de ese mundo exótico y con rasgos de orientalismo. Aparte de despertar el interés por la cultura islámica española, nos han dejado una valiosa documentación de dibujos y grabados de inestimable valor como documentos anteriores al proceso de restauración moderna.

Este auge de la valoración histórica del patrimonio monumental, y sobre todo de su valoración artística, va a propiciar que se inicien en la Alhambra los primeros trabajos de restauración al margen ya del simple interés utilitario o meramente simbólico. Se inicia un proceso de recuperación de unos valores estéticos e históricos que la primera mitad del siglo había valorizado gracias a escritores y poetas. Asistimos al nacimiento de la conciencia histórica que es sin duda

la raíz del concepto moderno de restauración. Aunque en este momento todavía prevalezcan conceptos estéticos, la idea de que este patrimonio artístico es un legado de civilizaciones pasadas que pertenece a toda la sociedad, trascendiendo incluso al propio estado o nación, constituye el germen de la conciencia social que reclamará de las autoridades la preservación y conservación de este legado.

Sin embargo, estas primeras intervenciones restauradoras estarán demasiado imbuidas de los conceptos románticos y presididas por criterios estéticos no siempre bien fundamentados. Hoy no resisten un serio análisis crítico desde nuestra perspectiva y nuestros criterios, pero hay que entender que en su momento y entorno cultural constituyeron de por sí un avance para la conservación de la Alhambra, sin el cual es posible que no hubiera llegado hasta nosotros todo el patrimonio que hoy conserva el conjunto. Constituyen un intento de recuperar esta arquitectura dentro de una idea de unidad estilística más influida por el espíritu romántico que por un análisis científico de la realidad.

Esta actitud, que en un inicio pudo tener una justificación en el entorno cultural que hizo surgir la primera conciencia restauradora, perdió rápidamente justificación al progresar la conciencia del valor histórico y de testimonio y documento del pasado que exigía unas actuaciones mucho más respetuosas con la autenticidad de estos testimonios. Los ideales científicos fren-

te a los románticos entran en clara pugna con unos criterios que a pesar de todo se mantienen en las intervenciones de la Alhambra hasta casi la segunda decena de este siglo. Los criterios científicos de restauración entran en la Alhambra con cierto retraso pero con mano firme y diestra en las intervenciones de Torres Balbás. Es una época de valoración de la «materia auténtica», muy influenciada por criterios puramente arqueológicos y que a pesar de todo, a veces olvida otros valores propios de la arquitectura. Cuando interviene para recuperar un «espacio original», lo hace dentro de criterios estrictos de respeto a lo evidente y abandono de toda reconstrucción hipotética falta de justificación funcional. Lo añadido se individualiza siempre con claridad, aun cuando los resultados no sean siempre lo evidentes que se pretende y la propia complejidad del monumento exija más prolijas explicaciones que las que de la mera contemplación del mismo puedan obtenerse. Afortunadamente la Alhambra es nuevamente un modelo excepcional para facilitarnos la información complementaria. Cabe pensar si no sería la propia existencia de un rico archivo que contiene documentos relativos entre otras cosas a casi todas las obras de conservación y restauración realizadas en la Alhambra, lo que moviera a Torres Balbás a documentar en un precioso Diario de Obras todas sus intervenciones.

Quizás en la actualidad asistimos a una moderada reacción frente a la restauración científica, con reivindicación por un lado de una

mayor atención hacia los conceptos de espacio y ambiente originales, como objeto también de la restauración frente a la exclusiva restauración conservativa de la «materia auténtica» que provoca no pocas veces resultados de difícil justificación estética. Otras corrientes restauradoras pretenden la inclusión, a veces a ultranza, de testimonios arquitectónicos actuales, más fundadas en deseos de protagonismo de autor que en una auténtica recuperación y valoración del legado del pasado. Son actitudes que guardan más relación con épocas pretéritas, como las del Renacimiento, que con la conciencia actual de lo que el patrimonio histórico representa para la sociedad. Afortunadamente la Alhambra apenas se ha visto sometida a este tipo de intervenciones gracias a las acertadas actuaciones anteriores.

Sí quedan pendientes algunas intervenciones que Torres Balbás no llegó a realizar pero que no cabe duda que estaban en su mente. Nos referimos a la decisión de si eliminar o no algunas de las invenciones realizadas en el siglo pasado y que afectan de manera importante a la imagen del monumento, como pueden ser las dos torrecillas almenadas que anteceden a la torre de Comares en su frente hacia el patio. Estos elementos están entrando, o quizás ya lo han hecho, en la propia historia del monumento, pero su injustificada arbitrariedad clama por su eliminación.

El Conjunto monumental se enfrenta hoy a otro serio problema cual es el de paliar el grave deterioro que produce la masiva visita y que aun

descartando los casos de vandalismo, genera daños que es necesario considerar. Entramos de hecho, pienso yo, en una etapa que exige, junto a la continua acción de mantenimiento y conservación, un análisis y seguimiento de manera continuada y sobre todo, una labor de documentación que asegure, al menos para la investigación histórica, la disponibilidad de datos auténticos. Es ésta a nuestro entender una de las exigencias fundamentales de toda intervención actual en los bienes del Patrimonio Histórico a la que hay que aplicar todos los recursos que la tecnología nos ofrece. Una buena documentación será siempre la mejor defensa frente a toda crítica de la intervención, aunque resultase contraria por partir de

criterios o pautas culturales distintas a las que motivaron la actuación.

Nuestra cultura actual, y nuestra legislación, valoran de manera primordial el testimonio histórico y eso exige que los valores documentales queden salvaguardados en todo caso. La Alhambra, que es un ejemplo privilegiado también en este aspecto, debería esforzarse en potenciar sus fondos documentales incorporando nuevas tecnologías, pues es ésta la mejor garantía de preservar el valor histórico del conjunto frente al deterioro cotidiano, el turismo, el vandalismo, la catástrofe natural o incluso las mismas restauraciones.

